El burro y el oso

Federick Rojas

Image not found.

Capítulo 1

Un ocaso helado, dulce aguamiel por montones, hermosas mozas llenando su jarra vacía y brindándole calor con su compañía, alegres y entonadas voces recitando historias y odas de antaño, y las caricias del fuego de la vieja posada, que cobijaba su cuerpo del frío exterior. Todas esas características eran propias del lugar ideal de alguien como Jonthor. Desgraciadamente para él, ser un vago poco inteligente carente de trabajo le impedía brindarse aquellos preciados lujos, al menos tan a menudo como a él le gustaría. Mientras pensaba en la dicha de estar pronto arropado en el calor de aquel vigoroso ambiente, Jonthor se internaba en el bosque nevado, en busca de la presa que le daría el pase a ese lugar lleno de gloria.

La nieve caía serena, posándose delicadamente en el suelo para volverse uno con la tierra blanca. Los arboles se camuflaban con el entorno helado, cubiertos totalmente por nieve en cada una de sus ramas, carentes de hojas, dándoles la forma de flores invernales en pleno florecimiento. La frívola brisa del lugar solo le recordaba a Jonthor las colosales ganas de sentarse junto al fuego de la posada del pueblo y disfrutar de su embriagadora bebida. Solo habían pasado un par de horas desde que una mujer morena con semblante atemorizante entro en aquella posada y lanzo una oferta al aire. Al parecer unos osos arruinaban su trabajo en el aserradero, dañando los arboles destinados a cortar. La ira y el deseo de venganza adornaban su voz cuando prometió una bolsa de oro a cambio de que le trajesen la piel de un oso. Nadie del lugar parecía interesado en jugarse el pellejo por una pequeña bolsa de oro, pero, a Jonthor, el solo tintineo de las monedas lo impulso a aceptar el trato. Aunque ahora maldecía tardíamente la idea de estarse congelando mientras podía haber seguido disfrutando de la comodidad de la posada, sabía que esas monedas de oro le permitirían disfrutar otro día más de aquel anhelado paraíso, después de todo, el no era tan tonto.

Jonthor no era un cazador, apenas si sabía usar correctamente un arco, por suerte para él, un viejo ermitaño le enseño unas cuantas técnicas de cacería como pago por ayudarle a cortar leña, por supuesto, esto no evito que el agradecido Jonthor noquease al ermitaño mientras estaba recogiendo sus flechas para posteriormente robarle todos sus objetos de valor, incluyendo el arco que ahora usaba para cazar a su premio. El nunca había cazado a un oso, ni siquiera sabía cómo identificar la guarida de uno, pero, por suerte para él, logro divisar un oso pequeño a unos 15 metros de su posición. Imaginándose a él mismo recibiendo su preciado oro de manos de aquella agradecida mujer, Jonthor tomó una flecha de su carcaj y la puso en el arco, tensándolo con fuerza, pero con cuidado de no romperlo por accidente. Las palabras del anciano pasaban por su mente a gran velocidad: “Contén la respiración, tensa la cuerda, alinea ambos brazos, dirige la punta de la flecha con tu dedo…” Había algo más que

olvidaba, pero le resto importancia, se sintió como todo un maestro en ese momento, así que enfilo la flecha hacía su preciado blanco y la soltó, dejándola libre, como a un perro hambriento en dirección a su alimento. Para su desgracia, su tiro fallo por casi un metro, alertando al animal al instante, quien se precipito a huir despavorido. Mientras susurraba maldiciones y corría detrás de su pequeño botín recordó aquello que había pasado por alto: "has de acercarte a tu presa lo máximo posible para tener un tiro certero y en lo posible, mortal".

Estuvo por más de una hora corriendo detrás de aquel pequeño oso por la gran arboleada blanca, tropezando un sinfín de veces, pero reanudando la carrera. No estaba dispuesto dejar escapar su bolsa de oro tan fácilmente. Su experiencia en la caza, aunque pobre, le valió para no perder el rastro del pequeño animal. Finalmente, alcanzo al pequeño que, agotado, bebía agua de un riachuelo que aun no se había congelado en la arboleada nevada. Jonthor estaba agitado; apenas lograba contener el aliento, así que espero breves instantes mientras imaginaba como su querido aguamiel le era servido por su moza favorita en la posada. Mientras se perdía en su imaginación, el joven oso, convencido de su exitoso escape, se marchaba lentamente. Jonthor despertó de su fantasía, que casi llegaba al punto más lascivo, se acerco lo más que pudo de forma sigilosa hasta una pequeña saliente que estaba sobre el riachuelo y empuño su arco de forma horizontal. Se mantuvo arrodillado sobre una de sus rodillas y apunto, esta vez convencido de que todo iba a salir bien. Recordar al viejo cazador le hacía sentir más seguro, repasando cada detalle para no omitir nada, sin quitarle el ojo a su blanco. "si estas de rodillas, la firmeza con la que te clavas en el suelo le dará firmeza a tu flecha" recordó, mientras tensaba su flecha. Para su desgracia, olvido verificar bien la firmeza del suelo, resultando estar sobre una gran capa de nieve sostenida en nada. El pobre Jonthor se desplomo junto a la nieve al intentar clavar su pie lo más fuerte que podía en el suelo, cayendo al gélido riachuelo. No sabía si eran imaginaciones suyas, pero estaba casi seguro de que vio al pequeño oso verlo, reír y luego correr.

Mientras reanudaba la persecución de su presa, Jonthor no podía evitar pensar que contar la épica historia de la cacería del oso pequeño y el cazador tonto no le haría ganar muy buena fama, por lo que empezó a improvisar mientras corría una historia sobre un gallardo cazador, como las que muchos otros aventureros en aquella posada contaban mientras bebían. Por supuesto, no era tan tonto como para creer en historias sobre muertos caminantes vagando en ruinas, dragones custodiando tesoros que confieren gran poder o ruinas de civilizaciones y razas perdidas con tesoros y peligros ocultos por doquier. El sabía que debían de ser puras patrañas. Para su desgracia, mientras imaginaba la mejor parte de su historia, tropezó con un barranco y cayó por él, rodando un par de metros cuesta abajo. Afortunadamente no se lastimo, y para más fortuna, al levantar su cabeza, los ojos se le pusieron como platos. El pequeño oso estaba solo unos metros de él, pero antes de que Jonthor reaccionara, el

animal se adentro en la cueva que tenía detrás. Por fin la suerte le sonreía, esta vez el animal no podría seguir huyendo. Sonriente, recordó aquello que le dijo el viejo ermitaño antes de que acabaran sus lecciones: "Durante la caza, las bestias pueden pensar que meterse en una cueva o trepar un árbol los salvara de los cazadores, pero solo consiguen quedar atrapados, sin salida" Jonthor sonrió, esta vez no importaba que fuera un poco tonto, la bolsa de monedas estaba en la palma de su mano.

El hombre tomó su arco y tenso levemente la flecha, listo para entrar. Su sonrisa se hacía más grande mientras imaginaba el ambiente de la posada, el tintineo del oro, el sabor y olor de la bebida, todo era magnifico, pero esta vez no abría error alguno. La cueva era oscura, pero entraba suficiente luz como para que Jonthor distinguiera que la cueva solo tenía una entrada y una salida. Pronto, un leve gruñido llamo su atención, enfilando su flecha con cuidado en su dirección, Jonthor, observo atentamente como se movía una pequeña silueta en la oscuridad. La pequeña bestia, atrapada, por fin muestra sus dientes, dispuesta a luchar para sobrevivir, pensó Jonthor, mientras el orgullo lo invadía tras casi haber completado su cacería con éxito. Por última vez, él tenso con fuerza su arco y, posteriormente, disparada con gran fuerza de su lugar de reposo, salió despedida la cabeza de Jonthor, aun sonriente. Para su desgracia, el torpe cazador no se dio cuenta de que, en la cueva, papá y mamá esperaban pacientes a su cría.

Esa noche, una familia de osos devoro enérgica y felizmente la carne de un burro…

Autor: F. Rojas